

Editorial

26

¿Cuál es la tarea de un profesor universitario? ¿Enseñar o escribir informes sobre su modo de enseñar?

¿Y cuál la de un investigador? ¿Investigar o escribir informes sobre cómo va a investigar?

La respuesta a estas dos preguntas, tan próximas dada la estrecha relación entre ambas actividades, es obvia para todos. Con sólo dos excepciones: la de los profesores universitarios e investigadores, por una parte, y la de los burócratas y políticos que diseñan, rigen y gobiernan la actividad de aquellos.

Por lo que a los primeros se refiere, el motivo no es otro que la experiencia de su oficio: dedican tanto tiempo a rellenar informes sobre sus modos de enseñar y sobre las investigaciones que solicitan realizar, que es muy escaso el que les queda para estudiar, preparar sus clases o investigar.

Más enigmático es el motivo de los segundos, dado que son ellos los que reclaman de profesores e investigadores esas toneladas de informes que les dejan tan poco tiempo para realizar las que deberían ser las actividades principales de sus oficios.

¿Por qué lo hacen? ¿No debería ser su tarea crear las condiciones idóneas para facilitar el máximo rendimiento de sus gobernados, es decir para lograr que dieran las mejores y mejor preparadas clases, para que realizaran las más profundas, originales y útiles investigaciones?

Y si esa debiera ser su tarea, ¿por que hacen exactamente todo lo contrario?

¿Será que...?